

le franquea todas las puertas. Así, convertido en un escritor profesional, sitiado por el público, debe resignarse él también a aplaudir sólo unos pocos de sus libros, como "El poder y la gloria", "El fin de la aventura" y "Los náfragos".

● Camino secundario

En esa carrera sin descanso donde defiende tesis e ideas como un desordenado y entusiasta estudiante de filosofía, donde a cada instante el narrador (Greene, siempre Greene) se introduce en su propio tema y hace desviar la atención con periodísticas frases de clisé, hay una vena que explota muy de vez en cuando, como si fuera un apéndice de su camino principal. Son las colecciones de cuentos, como esta última de "¿Puede prestarnos a su marido?" (Buenos Aires: Editorial Sur, 1967). Para quienes, como yo, no habíamos leído un volumen de cuentos suyo desde el lejano "A través del puente", la experiencia se torna grata: los cuadros ya no son tan fugaces o periodísticos como ayer; los personajes exhiben sello y cohesión, en vez de ser los deleznable de antaño; el contrapunto de diálogo y descripción ya no está librado a la voluntad del narrador, tan presente y ubicuo como los autores de obras románticas. No, mucho ha cambiado. Los ambientes se dibujan a cada paso, no sólo en las descripciones sino en el diálogo y la caracterización; el diálogo es oportuno y rico; y el tema avanza siempre, sin dejarse enredar por el lenguaje o los artificios.

● Jovialidad y humor

Por encima de todo, sin embargo, está el tono coloquial, la jovialidad y el buen humor. Los gazmoños que se dejan llevar fácilmente por la propaganda del subtítulo ("comedias de la vida sexual") se darán con la sorpresa de que la esfera sexual se alude y no se encara abiertamente. Es un juego de fintas que convierte la pasión amorosa en un objeto de estudio para un psicólogo behaviorista, a quien le gusta divertirse como a cualquiera. Greene ve el acto animal ajeno, aun la práctica antinatural, pero se escurre en sonrisas y

El momento fugaz. Y por fin, en el cuento del título, "¿Puede prestarnos a su marido?", la perversión ronda de modo natural y "civilizado" en torno de una joven pareja, y el observador William Harris, el

ardiente que fumaría. Al concluir el libro y guardarlo en el anaquel junto a sus demás volúmenes, hemos gozado de un remanso de frescura, en torno a cierto pathos medido y hurao.

LIMA EN BLANCO Y NEGRO

NOVIEMBRE, DICHOSO MES...



Por Nicomedes Santa Cruz

"Noviembre, dichoso mes:
Comienza en "Todos los Santos"
y acaba con "San Andrés"...

Este es uno de los tantísimos refranes de la Vieja Lima y que yo escuchara en labios de mi nunca bien llorada madre doña Victoria, limeñísima señora, dueña de un hablar florido, sentencioso y refranero:

"Ay, mi "Pataco":
Ya yo estoy más "pa la otra"
que "pa ésta".

Si me llevan a la "Ciudad de Canilla"
lo mismo me da atrás que a las espaldas,
porque ¡pa poca salud
más vale seguir enfermo!..."

Cierta vez le pregunté por qué me decía "Pataco". Me respondió que eso era porque yo no servía "ni pa-taco de un cañón". Y tenía razón la señora Victoria:

"Mira, Nico:
"quien mucho habla mucho yerra",
y tú paras como jeringa de hospital".

Con cuánto señorío y personalidad se terciaba la fina manta. Tenía varias, pero había una "manta de vapor" que era su preferida: "Esta me la, pongo cuando repican gordo". Por esta época, (Noviembre, antaño temible por los neumónicos "hielos de San Andrés"), solía acompañarla al Cementerio. Se sentía feliz en la apacible soledad aquella. Casi me ignoraba. De pronto se detenía ante un lujoso mausoleo y, en soliloquio, se musitaba alguna anécdota sobre esa aristocrática dinastía que rotulaba el túmulo.

Su Lima había sido una pequeña aldea en la que todos los vecinos se conocieron "de "pe" a "pa". Si alguien desaparecía de la circulación, no había sino esperar la Procesión del Señor de los Milagros para volverlo a ver: Si era pobre, en los días 18 y 19; si era gente rica, el 28, que ese día acompañaba la flor y nata limeña. De no hallarse en ninguno de los tres días, era porque el sudicho estaba irremisiblemente muerto...

"Noviembre, dichoso mes..."

Todos estos recuerdos los eslabonaba ayer tarde, petrificado ante el frío mármol que inútilmente trata de interponerse entre la señora Victoria y nosotros. Burlada losa: No tras de tí sino frente a tí estamos los verdaderos muertos.

Más adelante, al pasar de un cuartel a otro, me pasó un caso anecdótico: Un pequeño cortejo traía a enterrar un parvulito en su cajón blanco. Uno de los deudos se me acercó y me dio las generales de su muerto. Le di el pésame, pero por más esfuerzos que hice no pude recordar que fuéramos amigos. Entonces el tipo me preguntó: "¿Cuánto va a cobrarme, don Nico?" Y es que como me vio paseando creyó que también me ganaba la vida haciendo décimas elegiacas en el Cementerio...